

*A Jesús, por amor.*

He venido a verte porque ayer, sin que te dieras cuenta, comenzamos a despedirnos. Puede ser que tú aún no lo sepas y, quizás, pronto no lo recuerdes, pero tenemos tantas cosas que contarnos, que confesarnos, que deberíamos comenzar ya; porque no sabemos cuánto durará esta despedida. Has sido siempre tan poco expresivo que si no sintiera la certeza de tu amor, llevaría una vida preguntándome si realmente me quieres. Porque james te oí un «Te quiero» y —pagándote con esa moneda — nunca te he dicho lo que significas para mí. Tú has hablado siempre con hechos, porque las palabras te pesan, te atan, no las guardas y cuando las buscas, no las encuentras. Hablas con tus ojos, de ese verde hielo —si el hielo fuese verde—. Cuentas lo que sientes con tu carcajada fugaz de tres notas, con tu media sonrisa o con la ausencia de ambas, disfrazada de silencio. Te resulta difícil decir que sí, pero te cuesta mucho más decir que no. Con lo fácil que te podrías mostrar mezquino, eres generoso, con todo, menos con tus palabras.

Ayer supe que debía dejar de escuchar tus silencios y obligarte a salir de ellos. Si te dijera «Te lo debo», maquillaría un argumento generoso, pero lo cierto es que lo necesito. No pretendo forzarte, pero no dejaré que te escondas. Esperaré por ti el tiempo que haga falta; me instalaré aquí, desafiando tu mutismo, hasta que comiences a hablar. Necesito saber lo que nunca me has contado y lo que sí, con mucho más detalle. Desde el principio; desde el primero de tus recuerdos, desde el más escondido de tus sentimientos. Lo grabaré en mi memoria y lo apuntaré en esta libreta. Cada palabra, cada gesto, cada risa y la lágrima de esta charla y —cuando hayamos acabado— la escribiré. Entonces volveré cada día y me sentaré a tu lado para leerte al oído quién has sido y cuánto nos amábamos, papa.

Pedro Sánchez Negreira, *Verde como el hielo*, Zaera Silvar, A Coruña.